

*Palabras del P. José Juan Del Col, sdb, en la Colación de Grado del 3 - 11- 2007*

92 noveles licenciados: 24 en Calidad de la Gestión de la Educación; 41 en Psicología y 26 en Psicopedagogía. Se añaden a los 73 noveles licenciados en Psicología, que recibieron su diploma el 9 de junio de este año.

Obviamente, se trata de licenciados por la Universidad del Salvador. Pero pudieron llegar a este grado académico, gracias a convenios de nuestro Instituto Superior Juan XXIII con esa Universidad. Una vez más, pongo de relieve la comprensión y magnanimidad de los directivos de la USAL, así como la calificada y esmerada actuación de los docentes de la misma. Entre los directivos destaco a la Decana de la Facultad de Psicología y Psicopedagogía de la USAL, Lic. Gabriela Renault. En el ámbito local destaco el desempeño responsable y sereno del personal de la Secretaría de Licenciaturas.

Nunca el Instituto felicitó, como este año, a tantos noveles licenciados. Nunca tampoco felicitó a una novel licenciada de ochenta “jóvenes” años, como lo hace ahora con Elsa Azzurro, a quien *La Nueva Provincia*, en la edición del domingo 28 de octubre, le dedicó un hermoso artículo titulado “El poder de la voluntad”. Pues, felicitaciones especiales y un aplauso especial para Ud., Elsa Azzurro. “Ad multos annos!” Para muchos años Dios le conserve la salud, el tesón y el entusiasmo para lo que emprenda o siga cumpliendo en adelante en la donación de sí misma a sus hermanos.

Ojalá que en Elsa Azzurro y en todos ustedes, noveles licenciados, se realicen de veras y de lleno esas palabras del Divino Maestro: “Ustedes son la sal de la tierra, ustedes son la luz del mundo” (cf Mt 5, 13-14). Pienso que a ustedes tales palabras se pueden aplicar de manera especial, dados los siguientes factores: una elevada preparación académica; haber elegido una profesión de notable responsabilidad social; un espíritu -que doy por supuesto en ustedes- de altruismo, de solidaridad, de servicio; y el afán - que también doy por supuesto en ustedes- de contribuir eficazmente al bien común, máxime atendiendo a la juventud, la cual, como decía don Bosco, es “la porción más delicada y valiosa de la sociedad humana” (MB II, 45). Es de esperar que ustedes, noveles licenciados, sean auténticos líderes y modelos de vida.

En el ámbito educativo se insiste hoy en la excelencia. Y con razón. En nuestro país la excelencia educativa es, por así decirlo, una asignatura pendiente. El 30 de octubre p. pdo., Andrés Oppenheimer en un artículo para *La Nación* señalaba con datos precisos la mediocridad educativa que se constata en América Latina. Así, por ej., el reciente Estudio del Progreso en Alfabetización y Lectura Internacional (Pirls), que examina a estudiantes de cuarto grado en lectura, y del que Colombia y la Argentina fueron los únicos dos países latinoamericanos que participaron, reveló que la Argentina se halla en el lugar número 30 y Colombia en el lugar número 31 sobre 35 participantes.

De todos modos, la excelencia educativa no ha de limitarse a lo estrictamente cultural. La excelencia en sí misma no tiene dignidad propia; la tiene si está orientada a conseguir lo bueno, lo óptimo de las personas. Una excelencia sin bondad puede desembocar en egoísmo y hasta crueldad. Alguien (Angel Rossi, sj) observó que fue de excelencia la educación que recibieron Bin Laden, el presidente Bush y los que idearon los campos de exterminio en la Alemania nazi. Como decía el padre Arrupe, propósito general de la Compañía de Jesús de 1965 a 1983, tenemos que educar en excelencia para el servicio a los demás. “El que quiere ser el primero, debe hacerse el último de todos y el servidor de

todos” (Mc 9, 35), declaró Jesús solemnemente. De Jesús se dijo que fue el hombre para los demás, que pasó su vida haciendo el bien.

En los educadores cristianos la excelencia para el servicio a los demás implica, desde luego, la vivencia y la irradiación de los valores humano-cristianos que caracterizan a una personalidad cabal. Solo así vienen a ser de veras “sal de la tierra y luz del mundo”. Solo así se puede soñar con un mundo nuevo, fraterno y solidario.

Entre los valores a vivir y transmitir, el primero es el de la vida. Hay que respetar la vida y la dignidad humana. Este es hoy un clamor. En el Documento de Aparecida la palabra “vida” es la que más se repite: 631 veces. El mensaje de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano es una oferta de vida, de vida en plenitud: la plenitud vital que Jesús ofrece. Aborto y eutanasia son, entonces, evidentes atentados contra la vida y dignidad humana. Lo es igualmente no consentir el acceso a la educación. En este momento, en el mundo unos 70 millones de niños no pueden ir a la escuela. En nuestro propio país, hay tantos niños de la calle y adolescentes no escolarizados, y últimamente su número se ha incrementado.

También viola la dignidad humana el tráfico de menores y su explotación laboral. El Gobierno de la India, por ej., calcula que unos 12 millones de menores son víctimas en su país del trabajo infantil. En China se descubrió que niños de 12 años trabajaban hasta trece horas al día para fabricar productos de los próximos Juegos Olímpicos de Pekín 2008, como gorras, bolsas, cuadernos ...

La violencia es otra lacra contraria a la vida y dignidad humana. La violencia ha sido, como alguien dijo, la compañera de viaje del dramático siglo XX, que desembocó en la violencia del “gulag” y del “lager”. A esta violencia cabe añadir la de la economía, la de dejar morir de sida a multitud de personas, por falta de cuidados; la violencia contra las mujeres, humillando a la compañera y la madre del hombre; la violencia contra los lugares de culto (sinagogas, mezquitas, iglesias), queriendo borrar de la tierra la pista de la vida espiritual (cf Andrea Riccardi, Zenit, 27-10-07). En el siglo actual sigue arrojando la violencia. La Argentina no está para nada exenta de la violencia. Al contrario: es patente la violencia urbana y es clara la sensación de inseguridad.

La violencia, también se halla instalada en las escuelas, reflejando el quiebre social. Se observó atinadamente que los hechos de violencia escolar son solo la punta de un iceberg hundido en las profundidades de una sociedad quebrada.

La drogadicción, a su vez, es otro flagelo que está azotando cada vez más, convirtiendo o amenazando convertir en desechos humanos a tantos hermanos nuestros. En la Argentina la droga más consumida es la marihuana, seguida por la cocaína. De acuerdo a una investigación epidemiológica de 1999, en un mes el 2,9 % de los argentinos entre los 15 y los 65 años (es decir, aproximadamente 600.000) había consumido alguna droga; el 40 % de ellos, más de 5 veces. Otros datos: La pasta básica de la cocaína -el “paco”- es ahora una droga de muy fácil acceso, barata y letal, que se difunde cada vez más. También es alto en nuestro país el consumo de las drogas sociales, es decir del alcohol y del tabaco, así como de otras drogas legales, como son los sedantes y los estimulantes.

El hambre es otra ofensa a la dignidad humana. Se estima que hoy unos 800 millones de seres humanos pasan hambre. Se ha constatado que uno de cada seis habitantes del planeta

sobrevive con menos de un dólar por día. En la Argentina, antes granero del mundo, según datos publicados en julio de este año, el 51,4% de la gente vive en pobreza. Son 18,2 millones de personas. De ellos, 8,3 millones son chicos menores de 18 años. Desde enero y en apenas 5 meses, a partir de entonces, la pobreza aumentó en 3.813.000 personas, a razón de 762.000 nuevos pobres por mes o 25.000 nuevos pobres por día. A la pobreza debe añadirse la indigencia. Indigente es quien ni siquiera tiene ingresos para comprar los elementos básicos que, entre enero y mayo, aumentaron sensiblemente. Ahora el 42,6% de los pobres son indigentes. Y nótese que la indigencia está creciendo a un ritmo más intenso que el de la propia pobreza. Esto indica que la extrema pobreza ha pasado a ser un fenómeno masivo, con su secuela de desnutrición y riesgo de vida.

El armamentismo también es una bofetada a la dignidad humana. Es, en efecto, desenfrenada la carrera armamentista: una verdadera locura. El SIPRI, el prestigioso instituto de Estocolmo especializado en estudios sobre el gasto militar, dio a conocer que el año pasado el costo mundial en armamento ascendió a un billón (= millón de millones) 204 mil millones de dólares. Y pensar que con solo 40 mil millones de dólares anuales se podría luchar eficazmente para la erradicación de la pobreza en el mundo.

Es preciso referirse también a la violencia contra la naturaleza. Así, cada día desaparece una superficie forestal equivalente a 20.000 hectáreas por día o, lo que es lo mismo, una superficie como dos veces la ciudad de París. Nótese además que el cambio climático, con su secuela de tornados, inundaciones o, al revés, sequías, etc., está asolando a nuestro planeta y en breve puede provocar, según el “Informe Stern”, 200 millones de refugiados y la desaparición del 40% de las especies.

Hay que luchar también contra la violencia camuflada ejercida por los medios de comunicación social. Representan en gran parte como un lavado de cerebro. Adormecen las conciencias. El vacío como espectáculo es hoy un rasgo típico de la TV. Se habla de “tinellización de la cultura”. Tinelli es permanentemente clonado y retroalimentado por sus clones. Se nos hace concentrar la atención en lo efímero, en lo superficial, en lo light.

En la TV triunfa el Gran Hermano. Se lo presenta como “reality show”. Pero en la vida real nadie vive rodeado de cámaras que registran hasta los momentos más íntimos, nadie compite diariamente por un premio cuantioso, nadie o casi nadie puede vivir sin hacer nada. El trabajo es el gran ausente del programa, y, sin embargo, en muchos países millones de personas viven pendientes de formatos del Gran Hermano, todos producidos o gestionados por la empresa Endemol. Una razón más para desechar este peligroso “juguete”, que de juego inocente no tiene nada.

Frente a semejante realidad mundial y nacional, es fácil incurrir en el pesimismo y aceptar un “sálvese quien pueda”. Pero no: la postura del cristiano es de confianza, de optimismo, de esperanza. Hay quien propone “una espiritualidad de la confianza”. Confianza en uno mismo, como de un atleta que corre en el estadio para ganar el premio, según la metáfora de San Pablo. Y confianza sobre todo en Dios. Nada hay imposible para Dios. Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman. Y entonces no hay que dejarse arrear por el desbarajuste cultural y social que se advierte o pueda advertirse aquí y en todo el mundo.

Alguien (Santiago Calatrava) dijo: “Cuanto más altas son las metas y los sueños, más interesantes son los días”. El Papa insta a los jóvenes a “atreverse a amar”, a no desear más que un amor fuerte y hermoso, capaz de hacer de toda su vida una gozosa realización del don de sí mismos a Dios y a los hermanos, imitando a Aquel que, por medio del amor, ha vencido para siempre el odio y la muerte. “El amor -recalca el Papa- es la única fuerza capaz de cambiar el corazón del hombre y de la humanidad entera, haciendo fructíferas las relaciones entre hombres y mujeres, entre ricos y pobres, entre culturas y civilizaciones”. El Sumo Pontífice señala a los santos como modelos a imitar, y cita a la Madre Teresa de Calcuta, quien no solo de palabra, sino con obras concretas supo reconocer el rostro de Cristo -rostro desfigurado y sediento de amor- en el rostro de los más pobres entre los pobres, a quienes atendió con un amor incondicional.

Aquí estamos a pocos días de la beatificación en Chimpay (RN) de Ceferino Namuncurá, “el Lirio de las Pampas”, que representa la agonía y la sublimación de una raza (Luigi Castano). Su anhelo fue estudiar para ser luego útil a los de su raza mapuche o araucana. Soñaba con ser sacerdote para ser entre ellos mensajero de Cristo, de su verdad, de su amor, de su vida.

Que el ejemplo de Ceferino, de la Madre Teresa de Calcuta y de los santos, que son cauce y reflejo del amor divino, los impulse a ustedes, noveles licenciados, a hacer de su vida y de su profesión un despliegue de verdad y sobre todo de bondad, amor y solidaridad, siendo de veras sal de la tierra y luz del mundo para todos, y especialmente para las generaciones juveniles de nuestro Sur Argentino.